

Clément Thibaud

República en armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de Independencia en Colombia y Venezuela

Bogotá: Planeta; IFEA, 2003. 571 páginas. ISBN 958-42-0614-1

Diego Espinosa

Universidad Nacional de Colombia

Tres hilos conductores guiaron la elaboración de este trabajo: los cambios en la composición social del ejército, las transformaciones que se sucedieron en las formas de combate y las relaciones entre el ejército y la política moderna. La fuente básica de información está constituida por las hojas de servicios que le permiten al autor reunir en una base de datos información acerca de 3.815 militares, entre soldados y oficiales, para el período comprendido entre 1810 y 1830.

Se trata de una obra que por los temas que trata, el volumen de información que consulta y las referencias teóricas que la sustentan, estimula y refresca el debate respecto a múltiples aspectos del proceso independentista. Aquí nos detendremos solo en algunos de ellos.

Una serie de afirmaciones polémicas están en la base del texto: antes de la Independencia no habría nada que llevara a pensar en identidades nacionales y por el contrario sería el proceso de independencia el que las fue elaborando; la Independencia no habría enfrentado a españoles y americanos, sino que se trató de una guerra civil entre dos lealtades políticas. Estas proposiciones suponen una visión particular del período prerrevolucionario, y si bien, lo que se conoce hasta hoy apunta en esa dirección, no lo hace con el carácter absoluto con el que se asume en la obra. De otro lado, dichos presupuestos inciden en la interpretación de las principales variables que se estudian: las etapas que habrían recorrido los cuerpos armados (desde “un ejército de guerra civil, un partido” a “un ejército nacional”) son concebidas de manera categórica y excluyente.

En los comienzos del conflicto entre ciudades seguidoras de la Junta de Regencia y ciudades patriotas los combates, según el texto, se caracterizaron por la primacía del movimiento, ataques pusilánimes, tropas poco entrenadas y estrategias dilatorias. Este arte de la guerra, expresaría a su vez el estado moral de una sociedad no preparada para el cambio revolucionario. El gobierno de “la federación se adormece” “en un dulce sopor estratégico”, manifestando “su desdén por el oficio de las armas [...]”. Esta manera de enfocar los primeros pasos del período autonomista, si bien es consistente a la luz de los fracasos que concluyen en la reconquista y del tipo de cuerpo

armado que al final venció en 1819, no consulta las condiciones materiales y políticas del momento: ¿hubo tal adormecimiento?, ¿tal sopor?, ¿tal desdén? Si en realidad la importancia del tema militar se hubiera desconocido en el sentido que propone el libro, lo cual no está plenamente probado, ¿se podría explicar por el lado de la percepción y los sentimientos: adormecimiento, sopor, desdén?

Lo anterior evidentemente comporta también toda una interpretación del período 1810-1815: en esta época, nos señala el autor, lo político domina a lo militar, entendiéndose por esto, no que las armas se radicalizan o lo dejan de hacer al compás de una determinada estrategia política, sino que las armas no se radicalizan porque la política no las valora, no las usa, no las quiere. Cuando en el texto se afirma que ciudades sin recurso deben optar por una “estrategia del débil contra el débil”, lo que hace imposible una victoria decisiva y que “la guerra entre ciudades se estanca en un conflicto infinito”, se está pintando un período estático, congelado, en el cual las contradicciones no se resuelven, se fosilizan. Antes que un período de cambios lo que tendríamos sería uno que interiormente no conduce a ningún lugar. Período conservador en el que incluso la guerra no impacta en nada. Es evidente que el ritmo con el que se emprenden las acciones políticas y militares es desesperantemente lento, pero son algo más que un espectáculo, y van más allá del propósito de disuadir al otro mediante un sistema de signos como se afirma en la obra.

No es contundente el argumento en torno a que hubo “dejadez” e “incuria” respecto al instrumento militar. Si llegó a existir obedeció más a condiciones materiales que a opciones filosóficas. La participación política directa de los ciudadanos y no su representación a través de cuerpos u otros sujetos políticos debió justificar la desconfianza hacia la existencia de un ejército permanente, pero ella no fue tanta como para negar su necesidad. Los jefes políticos criollos desde siempre consideraron la pertinencia de mantener un cuerpo armado permanente y no solo una milicia esporádica.

Una serie de afirmaciones que se presentan en el texto requieren fundarse en mayores evidencias que las que en él se ofrecen: “Antes de la declaración de independencia, las diferencias que enfrentaban a los partidarios de las Juntas contra los defensores de la regencia pasaron por alto cualquier embrollo entre los criollos y los españoles”. ¿Acaso el hecho de expulsar a los principales funcionarios peninsulares no tenía nada que ver con el mencionado “embrollo”? ¿El que casi en su totalidad las juntas estuvieran formadas por criollos, tampoco tiene que ver? Otra afirmación de dudosa consistencia: “si la enemistad entre españoles y americanos no es la causa de la guerra, entonces es su consecuencia”. Evidentemente no es ni mucho menos toda la causa, pero tampoco es la consecuencia.

El libro argumenta cómo Monteverde en Venezuela abrió la posibilidad de otro tipo de guerra que buscó el hundimiento del adversario y no simplemente llegar a convencerlo. Fue quien primero rompió “el pacto tácito que unía más que oponía a los tranquilos

patricios realistas y los patriotas en una adversidad de buen tono y buena ley”. Los levantamientos de esclavos de 1812 a favor de la causa realista son interpretados como “guerra popular”, que trajo como consecuencias grandes transformaciones: primer paso en la vía que lleva a declarar la guerra a muerte, a cambiar la guerra de independencia de cívica en civil, a definir –por la vía de la violencia desbordada (no legítima)– nuevas identidades.

De otro lado, la legitimidad de Bolívar como comandante de la campaña admirable –según el texto– se construye a partir de las victorias. Esto le permitiría imponer sus criterios a unos gobernantes “civiles, paralizados por el pánico, [que] no emplean la legitimidad de su elección sino para ratificar las decisiones de los militares protectores”. De nuevo aquí habría que precisar que no se trató en lo fundamental de una parálisis. Ellos mismos avanzaron en la búsqueda de jefes militares. Con estas apreciaciones el libro tiende a reducir a su mínima expresión el carácter complejo de las relaciones entre los civiles y los militares. En tal sentido el papel de las autoridades civiles no queda muy bien reflejado cuando se afirma que “esquivan su responsabilidad de defensa y se la asignan a aventureros. Prefieren ignorar la guerra y sus tumultos, peligrosos para la libertad y el erario, y delegar el derecho de alistar ciudadanos para librarse de una fuerza que pondría en peligro el sutil equilibrio de las facciones en la ciudad capital”. ¿Acaso esquivaron su responsabilidad? ¿Ignoraron la guerra, o acaso más bien trataron de asumirla de acuerdo con el modo como se presentaba la situación política? ¿Quisieron librarse de una fuerza desequilibrante o por el contrario trataron de que los cuerpos militares, además de cumplir sus objetivos bélicos, fortalecieran el equilibrio que los favorecía? ¿Acaso fue la “pusilanimidad de los patriotas granadinos” la que hizo que la intervención militar se limitara a las dos provincias fronterizas prohibiendo ir más allá? ¿No fueron otras las razones?

Se afirma que la guerra a muerte funda la identidad de los bandos en lucha y los instituye en naciones distintas. Crea una “división en la antigua nación” a través de “una ambigua ficción identitaria”, “donde la figura del español es el chivo expiatorio de la guerra”. “Todo el problema proviene de que la gesta bolivariana [...] es una declaración de guerra civil, lo cual es, forzosamente, inconfesable”. Evidentemente la guerra a muerte puntualiza la fractura, pero de ahí a establecer que crea la mencionada “ambigua ficción identitaria” hay un buen trecho por indagar. No se puede afirmar en general que las identidades española y americana “no eran vividas por la mayoría de la población como contradictorias”, sin antes precisar los niveles en que unos y otros se relacionaban y, de otro lado, sin definir grupos específicos de la población para valorar las implicaciones políticas de eventuales contradicciones. La tesis del “sacrificio” y del “chivo expiatorio”, para “lavar las afrentas y recuperar el orden” sin que importe “quién es el culpable real” resulta exagerada. En principio habría que afirmar que no todo fue construcción discursiva: esto a propósito del referente “español” como vehículo de identidad que habrían elaborado las élites.

El texto matiza de forma consistente las interpretaciones que se han dado de la movilización dirigida por Boves al concebirla como “guerra de razas”: demuestra que hubo sitios en los que los negros no fueron mayoría. No hubo una causa racial o étnica en el levantamiento de los llanos en 1813 que por lo demás no contaba con una homogeneidad identitaria. Sin embargo, de nuevo se insiste en los juicios absolutos al afirmar que “el llanero es una creación de la cultura de la guerra” que por esta vía, como ya se ha observado, se torna en el origen de múltiples fenómenos sociales.

En contraste con lo ocurrido en Venezuela, el trabajo señala cómo en la Nueva Granada “ningún caudillo realista se sublevó”, nadie emprendió la tarea de insubordinar a las castas y se mantuvo “el carácter de guerra cívica”. Califica la situación vivida por Santafé de Bogotá entre 1810 y 1815 como “un estado de espléndido aislamiento”. Las circunstancias en las que se lleva a cabo la guerra en la Nueva Granada conducen a que la relación de las fuerzas políticas borre la de las fuerzas militares. “Ningún ejército puede imponerle arbitrariamente a una provincia una lealtad que no desea”. Todo esto sería lo que llegó a superarse en el momento mismo en que los cuerpos armados adquirieron una nueva naturaleza, asimilando una lógica moderna de hacer la guerra.

Las características de los cuerpos irregulares que surgieron en Venezuela, las difíciles alianzas entre jefes de partidas militares autónomas reacios de por sí a cualquier entendimiento, la imposición del ejército como encarnación del “pueblo”, etc., son entre otros los temas alrededor de los cuales el autor ofrece una elaborada y sugestiva interpretación que hacen de esta obra (independientemente de que se compartan o no muchos de sus presupuestos y conclusiones) un aporte importante a la historiografía de Venezuela y Colombia. Tanto estimula el debate que el propio prologuista del libro no se abstiene de esbozar una “impertinencia” nada inocente al sugerir lo que sería una interpretación contraria a la del autor: no sería la guerra la “matriz sino el instrumento de realización de las identidades políticas en formación”. Todo indica que el ejercicio se puede y se debe hacer pero haciendo la salvedad de que se trata de un instrumento que a la vez tiene un poder constructivo, si bien no en la dimensión que enfatiza el autor de esta obra.